

Bibliografía

CANNY, Nicholas, y PAGDEN, Anthony (eds.): *Colonial identity in the Atlantic world. 1500-1800*. Princeton, University Press, 1987.

Según confiesa en las páginas del relato de su *Vida*, escrita con la apretada letra de uno que ha sido receptor de alcabalas, durante los seis años —de 1606 a 1612— que pasó en la Gobernación de Venezuela el madrileño Juan López de Moriana no hizo otra cosa que querer regresar a España: «triste y melancólico por desterrarme de mi patria e ir a conocer regiones apartadas y tratar con gente no conocida». Enrichado, Moriana volvió a la Península, donde compró una de las porterías de cámara del Consejo de Castilla, dedicándose a recoger de su puño y letra los recuerdos de su actividad en el consejo hasta el año 1628, así como a la redacción de sus conocidos *Discursos* sobre las ceremonias del citado tribunal. Sin embargo, otros, como ese Simón de Bolívar que fue su huésped en La Guaira, habían decidido permanecer en «aquellas tierras tan extendidas», ingeniándose las para que lo que nuestro antiguo alcabalero llamó *destierro* terminara algún día por ser la *patria* de sus descendientes.

En este *Colonial identity in the Atlantic world. 1500-1800*, Nicholas Canny y Anthony Pagden coordinan una serie de estudios cuyo objetivo no es otro que buscar una explicación, general y comparada al mismo tiempo, de cómo aquellos emigrantes que no volvieron a sus respectivas metrópolis forjaron su propia identidad en los distintos territorios imperiales que habían ido poblando y explotando. Una introducción a cargo de John H. Elliott y el epílogo de los coordinadores enmarcan análisis que corresponden a los que se tienen por casos regionales en un hipotético «mundo atlántico colonial»: Brasil (Stuart B. Schwartz), la América española (Anthony Pagden), Canadá (Gilles Paquet y Jean-Pierre Wallot), la América inglesa (Michael Zuckerman), Irlanda (Nicholas Canny), y Barbados (Jack P. Greene).

Ciertamente, en la producción historiográfica de los últimos años es evidente el renacimiento de los estudios sobre la identidad nacional, incluso sería posible empezar a hablar de una nueva historia de ese sentimiento, por usar la expresión ya clásica de Bernard Guenée. Así, Fernand Braudel se pregunta por los hombres y las cosas que crean *L'identité de la France* (Arthaud-Flammarion, París, 1986); José Mattoso escribe sobre los orígenes de Portugal en su *Identificação de um país* (Estampa, Lisboa, 1985); Charles Tilly define la conflictividad de los franceses como una constante [*The Contentious French*, Harvard U. P., Cambridge (Mass.), 1986]; los prusianos y su estado perdido sirven para plantear una vez más el problema alemán; Simon Schama recurre a la vergüenza colectiva de ser ricos para entender a los holandeses del siglo XVII; los ingleses vuelven a ser ese difícil pueblo que vive en una isla; etcétera.

Sería engañoso confundir este grupo de obras con las obvias interpretaciones de las invariantes nacionales o casticistas —a las que Braudel parece mostrar, no obstante, cierta simpatía— que tanto abundaron hace unos años y que serán rápidamente identificadas por el lector. No sólo engañoso, sino equivocado será calificar de casticistas los ensayos recogidos en el volumen de Princeton que ahora nos ocupa y que también debemos encuadrar en la historia que podríamos bautizar como historiografía adjetivada por lo gentilicio —referencia escolar de tan amplio sentido que bien sirve para acoger a toda suerte de comunidades hasta alcanzar a las naciones-estado.

Ante el libro coordinado por Pagden y Canny bien puede decirse que nos encontramos con el paralelo colonial del *National consciousness. History and political culture in Early Modern Europe* (Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1975), en el que, con la coordinación de Orest Ranum, se analizaba el estado de la conciencia nacionalista o del sentimiento patriótico de italianos (Gilbert), franceses (Church), alemanes (Krieger), ingleses (Pocock), rusos (Cherniavsky) y españoles (Koenigsberger) en la Edad Moderna.

Sin duda, se obtienen ahora confirmaciones y respuestas a preguntas, hipótesis y retos planteados en el volumen de Baltimore. Así, ya se avanzaba entonces que la explicación de la «identidad colectiva» se hallaba en el estudio de un proceso de autodefinición, es decir, de la consideración por parte de una comunidad de la que es o debe ser su propia imagen; un análisis para cuyo éxito final se hacía necesario el concurso de los antropólogos y un proceso que sólo podía esperar obstáculos y trabas si no se tenía conciencia de su condición cambiante y se le imponía la teleología histórica.

Si, por nuestra parte, supusiéramos que la identidad que tanto nos anima a interpretar la mencionada historiografía gentilicia es la definición de una auto-imagen colectiva, *Colonial identity in the Atlantic world* viene a señalarnos aquellos puntos en que buscaría mirarse, hasta acabar por

verse nitidamente, el hipotético ojo moral con el que las comunidades se autoconsideran a sí mismas. Y, como en otros muchos casos, en el mundo colonial puede describirse un canon quizá mejor que en el ámbito metropolitano: acaso porque la condición de laboratorio que tuvieron algunos de estos territorios permite aislar los rasgos del proceso de autorreconocimiento, acaso porque la ambigüedad en que vive el criollo entre lo metropolitano y lo indígena concede mayor vigor a los perfiles particularistas de que acaba dotándose.

Así, Jack P. Greene describe los cuatro elementos necesarios para que avance el proceso de identidad de las comunidades coloniales y que, cambiando lo que haya que cambiar, podrían volver de aquellas orillas a éstas y ser considerados en el análisis de idéntico fenómeno en casos europeos. Esos puntos en los que busca mirarse el ojo moral colectivo serían:

1. La conciencia de un espacio distinto, definido por la lejanía respecto a la metrópoli, pero que, no obstante, se ordena siguiendo las pautas habituales en ésta.
2. La asunción de la novedad y del éxito en una serie de empresas particulares que vienen a dotar a los colonizadores de su propia noción de adelanto, mejora o progreso.
3. La adopción como propios de tópicos y costumbres que peculiarizarían la vida en los nuevos territorios.
4. Y, la creación de una específica tradición histórica que bien puede llegar a incorporar el pasado de las poblaciones autóctonas.

Con gran acierto, de esta dialéctica entre lo metropolitano y lo colonial se ha suprimido la referencia unívoca a que toda esta elaboración de un autodefinirse psicológicamente se explicaba a la luz de la consecución de la independencia política y parece haberse mostrado la mayor simpatía por ese elemento menos glorioso que es la autointerrogación llena de dudas que sufrieron las poblaciones coloniales. Pese a ello, en todo el libro es posible observar la huella de cierto organicismo, muy patente, por ejemplo, en la frecuente recurrencia a analogías biológicas de sociedades en formación, «mother countries», etc., que, quizá, se haya convertido para los definitivos lectores en una tentación de reforzar la teleología histórica, aunque no sea ésta, ni mucho menos, la intención buscada por los autores.

Es éste, pues, un libro escrito sobre la renuncia que implican la separación y la lejanía, sobre la forma en que los colonizadores se vieron *despojados* de las referencias que los indentificaban con sus metrópolis de origen y sobre cómo salvaron la duda de cuál era su propia identidad colectiva mediante la renuncia que significa tener que forjar un nuevo progreso e inventar el pasado de la tradición colonial.

Sólo nos falta saber si la melancolía y la tristeza que llevaron a López de Moriana a regresar a su *patria* no estarían, también, forjando la imagen del colono atlántico, quien, acaso, ayudó a hacer caer al hombre natural

para apoderarse de su misma naturalidad. Aunque, luego se fue vistiendo, al menos empezó por estar desnudo de identidad.

Fernando Jesús BOUZA ALVAREZ

JANUSZ TAZBIR: *Polskie przedmurze chrześcijańskiej Europy. Mity a rzeczywistość historyczna* (El baluarte polaco de la Europa cristiana. Los mitos y la realidad histórica), Interpress. Varsovia, 1987, 157 pp., ISBN 83-223-2253-4.

El problema planteado por Janusz Tazbir es el siguiente: como consecuencia de la pérdida de su propio estado y de una dependencia secular, los polacos han introducido en su mitología nacional la idea de «baluarte» (*antemurale christianitatis*). El profesor Tazbir, especialista eminente de la historia moderna, director del Instituto de Historia de la Academia Polaca de Ciencias, es conocido también por sus trabajos sobre las relaciones hispano-polacas y sobre la opinión polaca de la conquista y la colonización española en América, en los siglos XVI y XVII.

Este libro, denso en su contenido y atrevido en su visión histórica, toca un tema de gran importancia, el de la transformación de una cierta realidad histórica en una parte de la mitología nacional. Como resultado, Tazbir esboza y valora el papel del mito (el «antemural» en este caso) en la identidad polaca durante la época de los repartos, en el siglo XIX. Termina el libro con la perspectiva de funcionamiento de este mito en la realidad política actual de Polonia.

El estado polaco se sentía la vanguardia de la Europa cristiana, al menos desde el siglo XV. Esta convicción se vinculaba con la lucha contra los constantes ataques de los tártaros, los cuales no perdieron fuerza después de la batalla de Legnica (1241). En los siglos XV y XVI los polacos sentían mucho menos el peligro turco que las razzias casi anuales de los tártaros del Janato de Crimea. Sin embargo, para los nobles polacos la participación en las actividades bélicas antiturcas en los Balcanes era sólo una forma de defensa necesaria de carácter secundario. Era un motivo principal de la reserva polaca frente a las proposiciones y presiones de Roma y Viena. Los Habsburgo, por su parte, para frenar la expansión polaca empezaron ya en el siglo XVI una política de alianza con el gran ducado de Moscovia. La república nobiliaria, por su parte, firmó la paz eterna con Turquía en 1533, y la confirmó varias veces hasta 1619/1620.

La participación efectiva de Polonia en la lucha antiislámica de la Europa del siglo XVI no sobrepasaba los límites de otros países fronterizos de aquel entonces, y no puede ser comparada por ejemplo con la reconquista de la Península Ibérica. A los polacos les interesaba sobre todo el control de las rutas comerciales del mar Negro y Constantinopla. Por ese motivo